

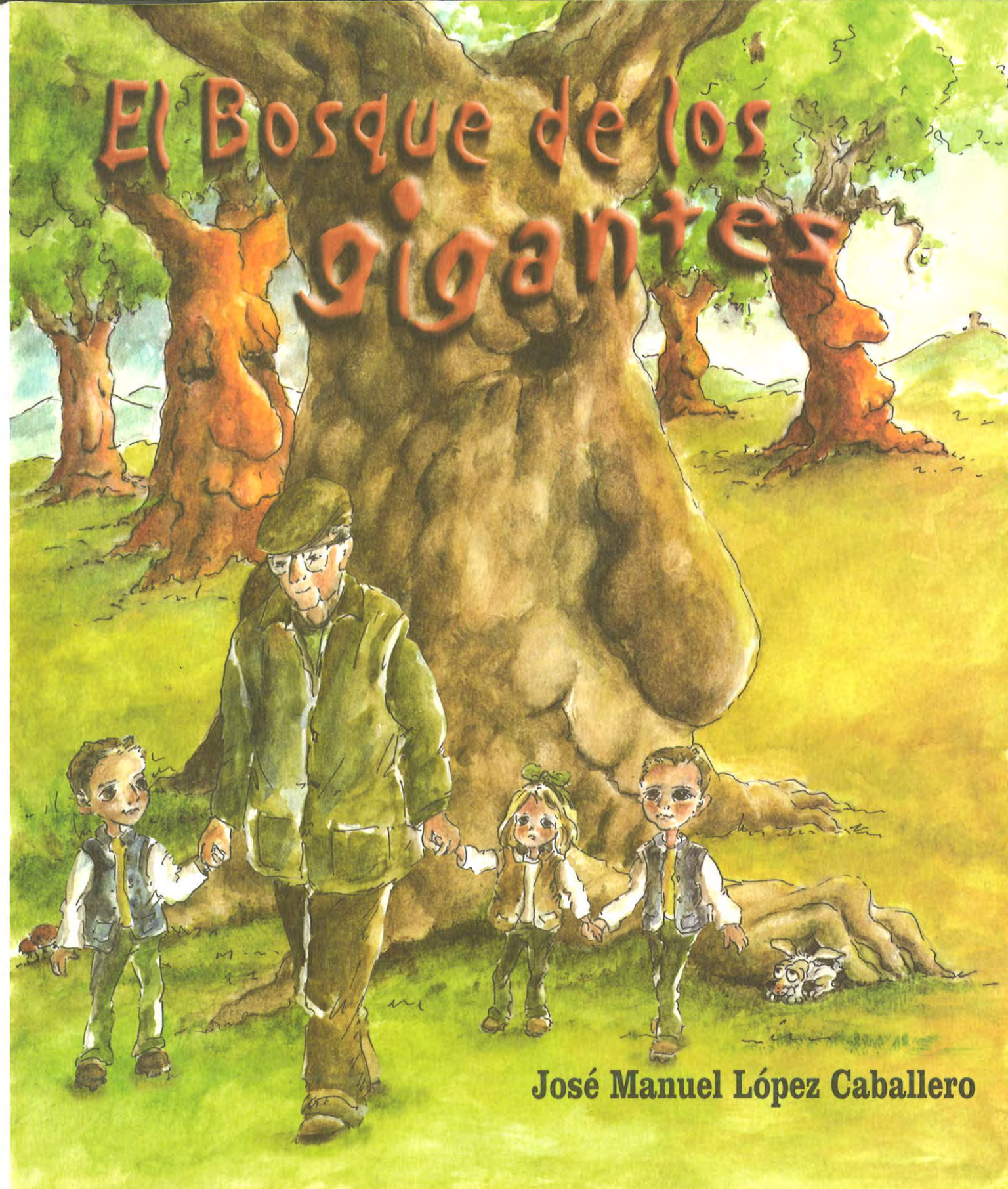
Una vez más la Junta de Extremadura reitera su voluntad y apuesta por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza.

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que "lo importante es llegar todos juntos".

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente ha realizado la edición de los cuentos ganadores en el IX Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente cuenta".



**JUNTA DE EXTREMADURA**  
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente



**José Manuel López Caballero**



## **José Manuel López Caballero**

Nació en la bimilenaria ciudad de Cáceres, donde reside en la actualidad, en la primavera de 1968.

Siempre se ha manifestado como un entusiasta de la naturaleza en general y de Extremadura en particular, de su fauna, sus paisajes y su gente.

Licenciado y doctorado en ciencias biológicas por la Universidad de Extremadura, en los últimos años ha trabajado en diversos proyectos encaminados a la mejora y divulgación del medio ambiente extremeño. Actualmente desarrolla esta labor profesional en la Consejería de Agricultura y Medio Ambiente de la Junta de Extremadura.

Es autor de diversos artículos en prensa y revistas especializadas además de colaborador en la edición de varios libros sobre fauna, flora y los recursos naturales de Extremadura, en los que además ha aportado alguno de los frutos que depara su gran pasión, la fotografía.

El "Bosque de los Gigantes", dedicado a todas las abuelas de corazón generoso y palabra serena, es el primer cuento infantil que escribe.

# **El bosque de los gigantes**

**José Manuel López Caballero**

Ilustraciones:

**Pura Martínez Llarena**

**José Manuel López Caballero**

**El bosque  
de los gigantes**

© De esta edición:

**JUNTA DE EXTREMADURA**  
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente

© José Manuel López Caballero

© Ilustraciones: Pura Martínez Llarena

Depósito Legal:  
BA-177 / Abril 2006

Publicaciones de la  
Secretaría General  
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente  
Avenida de Portugal s/n.- 06800 MÉRIDA  
<http://www.juntaex.es>

**JUNTA DE EXTREMADURA**  
Consejería de Agricultura y Medio Ambiente





Los tres niños se despertaron antes que el sol el día que su abuelo les había prometido ir de excursión con ellos hasta el castillo. A todos les había costado un gran esfuerzo subir hasta la cima pero para el abuelo la ascensión había sido una auténtica hazaña porque tuvo que hacer los últimos metros con Elena, la menor de sus tres nietos, montada sobre sus hombros. Los mellizos, Javier y Manuel, iban delante de ellos. Inquietos como rabos de lagartija, podrían subir y volver a bajar esa montaña corriendo arriba y abajo sin el menor esfuerzo. Y más a partir de ese mismo día en el que acababan de cumplir siete años y se sentían capaces de todo. Parte del regalo de cumpleaños de su abuelo había sido cumplir una antigua promesa y hacer esta excursión hasta las misteriosas ruinas que coronaban la montaña cercana a la finca en la que toda la familia pasaba numerosos fines de semana.

Sentado sobre una piedra al pie de las murallas derruidas, el joven abuelo intentaba recuperar el aliento. Aún le sorprendía que los mismos niños a los que recordaba durmiendo en sus cunas poco tiempo atrás pudieran ser de alguna manera más resistentes que él. A la sombra del castillo, contemplando la alfombra de todos los verdes que se extendía a sus pies, se había deleitado mirando la expresión de asombro y maravilla que reflejaban las caras de los tres niños. Ahora, Manuel y Javier, ajenos al cansancio, corrían entre las piedras gritando y persiguiéndose el uno al otro enarbolando lanzas y espadas inexistentes. Elena intentaba ocultar su cansancio; miraba a su alrededor y se mostraba algo contrariada.



–Está todo roto, abuelo –le dijo cuando penetraron en el derruido patio de armas del castillo–. Nos habías dicho que aquí vivieron reyes y princesas y guerreros con cascos, espadas y lanzas.

–Y así era. Pero de eso hace mucho tiempo.

–¿Cuándo yo era pequeña?

–No –sonrió el abuelo– mucho más tiempo. Mucho antes de que yo naciera.

–Cuando había dinosaurios –dijeron los niños mientras se acercaban a la carrera.

–Bueno, no tanto... pero sí hace varios siglos. Cuando los cristianos luchaban con los musulmanes por estas tierras y cuando los hombres de Extremadura se aventuraban a conquistar nuevos mundos al otro lado del mar. Eran otros tiempos... Todo ha cambiado desde entonces. Ya no hay castillos. Hay ciudades, carreteras, coches... Hasta el campo ha cambiado.

–Pero abuelo –le interrumpió Javier– el campo nunca cambia. Siempre está igual.

–Claro que cambia y a veces muy deprisa. Mirad. Hace un tiempo, todo lo que podemos ver desde aquí arriba era un bosque inmenso, un mar de árboles. Ahora, casi todo se ha convertido en un llano sin árboles y sólo en un extremo de la finca, al otro lado del río, quedan algunos que forman un pequeño bosque.

–¿Un bosque? –preguntó Javier extrañado– pero si allí hay muy pocos árboles.

–Claro, abuelo –se quejó Manuel– aquello no es un bosque. Ni siquiera podemos jugar a escondernos. Los bosques son densos, oscuros y están llenos de animales misteriosos y de árboles enormes con búhos de ojos amarillos que hacen uhuu, y ardillas que saltan entre los árboles, y setas de color rojo, y ogros, y brujas....

–Las brujas y los ogros no existen ¿verdad, abuelo? –cortó Elena.

–Los bosques de los que hablan tus hermanos están en otros países lejanos donde hay enormes masas de pinos y abetos, o en las selvas tropicales en las que vive la mayoría de los animales y plantas del mundo. En Extremadura los bosques son diferentes. Muchos de ellos, como el que podemos ver desde aquí arriba, están convertidos en dehesas.

–¿En qué!? –preguntaron los niños al unísono.

–En dehesas.

–¿Y qué son dehesas?

–Una dehesa es un bosque aclarado por el hombre, con pocos árboles y suelo cubierto de pastos. Veréis; a lo largo de muchos años, nuestros antepasados, como los habitantes de este castillo, fueron creando un bosque como el que podemos ver ahora. Consiguieron vivir en una tierra pobre y con un clima hostil y para ello crearon un mundo mágico.

–¿Mágico!? –dijeron los niños sorprendidos.

El abuelo se dio cuenta de que, como pretendía, la simple mención de la magia había captado la atención de los niños e hizo una pausa para dotar de cierto misterio a su relato.

–¿Y dónde está la magia? –preguntó Manuel extendiendo los brazos impaciente.

–La magia está... en los gigantes que pueblan estos campos.

–¿Gigantes? Yo no creo que haya gigantes ni nada mágico por aquí –protestó Javier.

–Claro que los hay. No los veis es porque no habéis mirado bien. Lo que se ve allá a lo lejos es un bosque magistral y muy viejo, lleno de misterio... y de gigantes. Es una mezcla perfecta que el hombre ha creado durante años gracias a la gestión de los árboles, de la agricultura y de la ganadería. No sólo



es un sitio perfecto para criar ganado, también los animales silvestres encuentran buenas condiciones para vivir en él ¡Es de los pocos acuerdos que existen entre la humanidad y la naturaleza! Aunque ahora lo cuiden los gigantes y lleve siglos así, hay que seguir atendiéndolo para que no desaparezca. Vosotros tenéis la obligación de mantenerlo, cuidarlo y mejorarlo. Como hice yo antes, ahora vuestros padres y luego tendrán que hacer vuestros hijos. Porque es un bosque mágico, chicos.

—¿Que lo cuidan los gigantes? ¿Qué gigantes? ¿Por qué es mágico? —empezaban a impacientarse los niños.

—Es largo de explicar. Hagamos una cosa. Ya que hemos subido hasta aquí vamos a ver el castillo, nos comemos los bocadillos, subimos a la torre y recogemos las murallas. Y más tarde os contaré más cosas de los gigantes del bosque.

—¡Vale! —exclamó Manuel más interesado en las almenas y guerras del pasado que en las presuntas virtudes del campo que se extendía a sus pies—. Vamos, Javier, hay que asaltar este castillo.

En un momento en el que los mellizos corrían y gritaban por las ruinas del castillo, conquistándolo una y otra vez a enemigos imaginarios, jugando a ser reyes poderosos y guerreros de brillantes armaduras, se vieron sorprendidos por una voz a su espalda.

—¿Quién osa perturbar mi sueño con tan intempestivos lances? Hablad, pardiez, u os las tendréis que ver con mi espada.

El caballero lucía una armadura polvorienta y cota de malla en hombros y brazos. Una larga capa que en algún momento pudo ser blanca caía sobre la espalda y uno de sus brazos ocultando la empuñadura de su espada. Manuel y Javier se quedaron mudos de asombro. Sin saber muy bien porqué aquel misterioso caballero de poblada barba y aspecto desaliñado no les inspiraba ningún temor, sino todo lo contrario.

—Usted perdone —balbuceó Javier— no queríamos molestarle. Sólo estábamos jugando a conquistar el castillo.





—En vano jugáis, bribonzuelos. Habéis de saber que este castillo no fue conquistado jamás. Ni por huestes moras, ni cristianas. El honorable Don Lope de la Cuesta y sus aguerridos descendientes defendimos este promontorio para mayor gloria del Rey nuestro señor durante generaciones... Sólo el olvido pudo con sus murallas —añadió con resignación.

Los niños no podían entender que alguien pudiera olvidarse de un castillo tan grande y tan hermoso y que, además, podía verse desde muchos kilómetros a la redonda. Por eso, pidieron al caballero que se lo explicase.

—Aunque no lo creáis, tuvo que ver con los árboles.

—¿iCon los árboles!? Eso es imposible.

—Acompañadme a la torre del homenaje. Desde allí tendremos buena vista y os lo explicaré mejor.

Los niños siguieron al caballero por una escalera sinuosa, oscura y medio derruida que discurría por el interior de la torre hasta el punto más alto del castillo. La vista era aún mejor que la que había desde el pie de la muralla. Podían verse algunos de los pueblos de alrededor, toda la finca del abuelo y buena parte del río que serpenteaba por la llanura.

—¿Veis aquellos árboles en lontananza? Pues son los únicos que quedan de un bosque que, cuando mis hombres y yo vivíamos en el castillo, cubría todo lo que ahora se ha convertido en un llano ¿Os habéis fijado cómo cambia el paisaje? La zona que rodea esta fortaleza está llena de árboles, arbustos y matorrales como jaras, brezos y madroños. Es la zona más escarpada y de acceso más difícil, por eso apenas ha sido utilizada para criar ganado o cultivar. Según vamos descendiendo por la falda de la montaña, la vegetación natural va desapareciendo. En la parte más llana apenas hay arbustos, sólo pastos. En aquella época se necesitaba mucho terreno para cultivar y alimentar al ganado. Además, la madera se vendía a buen precio para hacer carbón y construir herramientas, catedrales o los barcos que habrían de convertirnos en un imperio. Por todo ello, los árboles se fueron talando y poco a poco fueron

desapareciendo. Al no haber árboles, el viento, el sol y la lluvia empezaron a caer de golpe sobre el suelo y éste se hacía cada vez más pobre. Pronto, no se pudo cultivar. La falta de árboles provocaba que lloviera cada vez menos. Algunos veranos los ríos dejaban de correr pero cuando llovía el agua no se filtraba al suelo sino que lo arrastraba hasta el río abriendo grandes cárcavas. Ahora se sabe que el suelo es esencial para la supervivencia, pero en aquel entonces no lo sabíamos. Al escasear la vegetación, los animales no tenían qué comer y también desaparecieron. La caza empezó a escasear. No teníamos para comer. En fin, como podéis ver, una cosa llevó a la otra y... el resto es historia. Supongo que habréis oído hablar de un famoso y desdichado caballero, al que tuve la suerte de conocer tiempo atrás, que entabló feroz combate contra gigantes en forma de molinos de viento. Salió derrotado. En algunas de estas tierras, también luchamos contra gigantes... pero en forma de árboles. Ganamos la batalla pero perdimos la guerra. Poco a poco, la gente tuvo que ir abandonando estas tierras y se fueron a vivir al otro lado del río donde trataban a los árboles de otra manera. Allí crearon y mantuvieron la dehesa.

La mención por segunda vez en el día de aquella extraña palabra motivó un guiño de complicidad entre los mellizos que pensaron que el caballero podría aclarar el enigma con el que su abuelo los había intrigado.

—¿Y cómo consiguieron crear esa dehesa los que vivían al otro lado del río?

—Pues veréis. Es un proceso muy muy largo y que exige una gran dedicación. Se empezó a formar muchos años atrás cuando aclararon el bosque para que el ganado pudiera alimentarse, incluso cultivaban la tierra, pero sin talar los árboles. Dejaban pastar a sus animales en cantidades adecuadas para que no se comieran todo y éstos además abonaban la tierra. Después podaban las encinas para darles forma y que dieran más madera y más bellotas, que se usaban para alimentar a los cerdos. La madera se aprovechaba para construir casas y herramientas, y para hacer carbón para calentarse y preparar la comida. También daban forma a los alcornoques para poder extraer grandes planchas de corcho. Fueron capaces de hacer



todo eso y, además, crearon un lugar adecuado para los animales salvajes, de modo que pudieron seguir cazando palomas, conejos o ciervos. Y, sin saberlo, también crearon un paisaje en el que se refugiarían muchos de esos animales silvestres que se fueron quedando sin otros sitios a los que ir, todos esos que ahora están protegidos. Pero lo más sorprendente de todo es que crearon algo que cientos de años más tarde sigue ahí y vosotros podéis verlo ahora. Como si fuera...

-¡Manuel! ¡Javier!

La voz aguda de Elena interrumpió el relato del caballero al ascender desde el suelo llamando a gritos a sus hermanos.

-Estamos aquí. Ya vamos -respondieron asomándose entre las almenas.

Cuando se dieron la vuelta para explicar a su nuevo amigo que tenían que volver a casa, no había nadie delante de ellos. El caballero había desaparecido sin dejar rastro, como si se hubiera desvanecido en el aire.

Antes de ir al encuentro de Elena y el abuelo decidieron que, de momento, guardarían en secreto lo que acababan de ver.

Cuando los cuatro acabaron el descenso, el sol había desaparecido tras la sierra y la noche empezaba a caer por todas las laderas, sepultando bajo su manto encinas, alcornoques y pastos. El paso lento y cansado de los niños provocó que mientras caminaban hacia la casa pudieran contemplar cómo las estrellas, favorecidas por la ausencia de luna, empezaban a surgir en el cielo en un pulverizado de constelaciones luminosas. Inmediatamente, uno de los mellizos hizo a ver sus hermanos las siete estrellas brillantes en forma de carro que componen la Osa Mayor.

-Abuelo ¿por qué no encendemos un fuego, nos sentamos alrededor y nos cuentas la historia del bosque que nos prometiste?

-Sí, sí -le secundaron los demás con entusiasmo.





El abuelo tuvo que explicar a los niños que es peligroso encender fuego en el campo pues podrían provocar un incendio y además les hizo ver que era algo tarde y que sus padres les estaban esperando. Les propuso volver a casa y, después de cenar, encender el fuego en la chimenea. A medio camino entre la satisfacción y la resignación por la oportunidad perdida, los pequeños cogieron las manos de su abuelo y marcando el paso como una tropa desigual emprendieron el camino de regreso. Cuando estaban llegando, la luna había aparecido tras el horizonte y su luz cubría la tierra con un delicado manto de plata. Teñía las copas de los árboles como si los sumergiera en mercurio y proyectaba sobre el suelo las siluetas oscuras de los cuatro caminantes de una forma exageradamente alargada.

Después de cenar, los niños insistieron hasta que sus padres les permitieron permanecer despiertos junto a la chimenea mucho más tarde de lo habitual. El largo paseo del día pronto empezó a pasar factura a los pequeños. El cansancio y el calor de las llamas los arrullaba en sus asientos y sólo la emoción por la misteriosa historia que tenían que oír les conectaba al mundo de los despiertos. El abuelo no podía ocultar su satisfacción al contemplar la expresión de ansiedad que reflejaban las caras de los tres niños. La luz de las llamas iluminaba sus rostros y proyectaba sobre las paredes grandes sombras cambiantes. Le gustaba esa luz porque era auténtica. No era la luz fría y metálica de las bombillas. La luz atávica del fuego era luz de verdad, luz de vida.

En la enorme chimenea del salón, bajo un enorme trofeo de caza, las llamas lamían dos poderosos troncos de encina que se resistían a convertirse en cenizas sin aportar al entorno su dosis de luz y calor. Pronto, la pequeña Elena se quedó dormida en el regazo de su madre, pero los mellizos seguían escuchando la agradable voz del abuelo con la hoguera reflejada en sus grandes ojos transparentes. El anciano hablaba con precisión, como controlando una energía sin fin que surgiera de su interior y tuviese que ser canalizada antes de fluir al exterior. Era una de esas personas en las que el espíritu se impone a la materia y que se encarnan mejor a sí mismas según pasan los años. Cautivaba a los niños hablándoles de gigantes en forma de árboles mayores que edificios y de enormes buitres negros que construían en sus copas nidos tan





grandes como un coche; de los escasísimos lince y lobos que aún podrían esconderse entre los matorrales; de las flores que desaparecen en verano pero misteriosamente surgen cada primavera; de los miles de insectos que pueblan cada rincón de tierra, agua o aire. Cuando les contaba que las cigüeñas que anidaban en la chimenea de la casa hacían miles de kilómetros tras pasar el invierno en África para volver al mismo nido, los tres niños ya dormían plácidamente.

Al día siguiente, cuando los primeros rayos de sol despuntaban sobre las lomas de oriente, los niños compartían con sus padres un abundante desayuno en la inmensa cocina de la casa de campo. El abuelo les había prometido enseñarles un mundo misterioso y estaban deseosos por salir al campo para descubrir qué ocultaban esos árboles a los que su abuelo trataba como gigantes. Les había convencido de que ahí fuera había un mundo lleno de leyendas y seres fantásticos protectores de animales y plantas desconocidos para ellos.

Cuando apareció el abuelo, listo para el paseo, con su bastón de mango de plata en la mano y prismáticos al cuello, los niños saltaron como resortes. Al poco tiempo salían de casa empuñando los pequeños bastones de madera de castaño que su abuelo había elaborado para ellos el año anterior. En la misma puerta se vieron deslumbrados, inundados por la luz del sol que brillaba colgado de un cielo inmensamente azul. Los cernícalos primillas, que anidaban en el tejado de la casa, les dieron la bienvenida planeando sobre ellos con las alas extendidas, luego las agitaban velozmente y se quedaban suspendidos en el aire antes de cernirse.

La primavera lucía en todo su esplendor y las robustas encinas proyectaban extensas sombras sobre el suelo. No muy lejos de la casa, en lo más profundo de un valle cercano, árboles centenarios exhibían su verdor ante la luz cálida y poderosa del sol de Extremadura. Vaporosos bancos de niebla se agarraban a los surcos de los cultivos difuminando el paisaje como pinceladas de algodón.

El flujo de la vida –contaba el abuelo a los niños–. Pronto el verano ardiente dejaría la tierra calcinada interrumpiendo el fluir de los riachuelos. Después el otoño. Y aún faltaría todo un crudo invierno para que la luz del sol volviese a encender la vida cubriendo la tierra de blancos, violetas y amarillos bajo la protección de las poderosas encinas, los gigantes.

–Mirad –les dijo, deteniéndose repentinamente– las cosas sorprendentes también están a nivel del suelo.

Se detuvo y los tres niños lo rodearon mientras señalaba con la punta de su bastón una enorme tela de araña circular. Las vueltas en espiral que la componían se apoyaban en un ligero andamio de seda firmemente anclado en una serie de hilos que se extendían entre dos jaras. Las gotas de rocío cubrían cada hilo de la telaraña que parecía un enorme y sinuoso collar de brillantes.

–Observad qué perfección. Los radios se proyectan desde el centro de la tela y sujetan los demás hilos. Hay metros y metros.

Los niños observaban con atención siguiendo con su mirada el hilo que crecía en espiral desde el centro hasta el borde de la tela.

–La araña construye dos espirales –les explicaba– primero extiende un armazón que utiliza para sostenerse y luego hace otra adhesiva y más elástica que sirve para atrapar a sus presas. Si os dais cuenta, esa araña ha logrado unir con un hilo estos dos arbustos que distan un metro uno del otro, si vosotros construyeseis una tela similar tendrías que hacerlo entre dos edificios y tendría 30 pisos de altura ¿qué os parece? Me gustaría saber qué haríais para tender los primeros hilos...

Los niños, mudos de asombro ante el cambio de proporciones, no respondieron. Sólo Manuel se atrevió a hacer cábalas acerca de cómo Spiderman podría hacer algo similar, pero se limitó a comentarlo con su hermano en voz muy baja sabedor de que su abuelo no admitiría tal posibilidad.

Pocos metros más adelante, un alcornoque de gran porte, que sobresalía entre los demás, atrajo la atención de los mellizos. Al darse cuenta del





grosor de su tronco, intentaron abrazarlo entre los dos, Elena y el abuelo se unieron a ellos, pero habrían hecho falta muchos más brazos para abarcar la circunferencia del árbol. Los niños miraban hacia arriba y contemplaban sorprendidos las inmensas ramas, gruesas como el cuerpo de un hombre adulto, que se entrelazaban varios metros por encima de sus cabezas.

—¿Veis bien este árbol? —les preguntó el abuelo mientras se agachaba para coger algo del suelo—. Pues ha crecido a partir de una bellota tan pequeña como ésta ¿no es eso magia? Cuando Colón se fue a descubrir América este árbol sería tan pequeño como vosotros. Ahora es un gigante que lleva más de quinientos años viendo pasar la vida sin moverse de este mismo lugar.

—Entonces —preguntó Manuel— los habitantes del castillo también lo conocían ¿no?

—Claro que sí. Algunos guerreros pudieron descansar bajo estas mismas ramas cuando iban hacia el castillo. Y se sentaron en la misma piedra en la que estás sentado tú ¿No es emocionante?

Y tanto que lo era. Poco a poco se daban cuenta de que estaban ante un ser vivo que era más viejo que todos los abuelos del mundo, más fuerte y más grande que cualquier animal que exista. Había llegado a convertirse en un gigante a partir de una minúscula semilla consiguiendo todo lo que necesitaba sin moverse del mismo sitio. Aguantando el viento, la nieve, la lluvia y el sol. Era impresionante. Un simple arbolito que podría haber sido arrancado de cuajo por un niño, se había convertido en un gigante capaz de detener un tren a toda máquina. Y además, como les había contado el misterioso caballero del castillo, era un soporte de vida. Poco a poco fueron comprendiendo porqué y descubriendo animales y plantas que vivían entre sus raíces y en su copa; musgos y líquenes que tapizaban su tronco y sus ramas; aves que ocultaban sus nidos en su copa y numerosas huellas de zorros, conejos, ciervos o jabalíes que se acercaban al inmenso tronco buscando comida y refugio.

Mientras rodeaban el tronco embelesados, Elena vio algo que le llamó la atención. No muy lejos de allí, entre los helechos, afloraban unos árboles extraños.



–Abuelo –preguntó Elena– ¿por qué aquellos árboles están pintados de naranja?

–No están pintados –sonrió el abuelo– sólo lo parece. Verás, los alcornos se encuentran en zonas más húmedas y sombrías que las encinas y, para que no pasen frío, la naturaleza hace lo mismo que hace mamá con vosotros.

–¿Les pone un abrigo? –aventuró Elena extrañada.

–Exacto. Les pone un abrigo. Un abrigo que los aísla del frío en invierno y del calor en verano. Un abrigo tan perfecto que los protege hasta del fuego. Es el corcho. Y como crece continuamente, lo podemos quitar cada 10 años más o menos y utilizarlo para muchas cosas. A aquellos árboles de allí, los que parecen rojos, se les sacó el corcho antes de que nacierais vosotros y se ha vuelto a sacar hace poco, por eso tienen ese color.

–¿Y por qué a éste no le quitas el corcho?

–Porque este gigante es el árbol más grande y más bonito de la finca. Y me gusta así, viejo y arrugado, como yo.

–Tú no estás viejo ni arrugado, abuelo –le corrigió Elena con un beso en la mejilla– y que sepas que a mí también me gusta este árbol gigante.

Apenas acabó de decir la frase, la pequeña se acercó al inmenso tronco cubierto de corcho rugoso y lo abrazó como se abraza a un padre protector. El abuelo, emocionado, nunca fue tan consciente de la fortaleza del árbol hasta que contempló la melena rubia y la silueta clara y frágil de la niña recortada contra el descomunal tronco varias veces centenario.

En ese momento, los mellizos se acercaron corriendo y gritando con una pequeña rama en la mano a la que, como buenamente podía, se sujetaba un gran insecto oscuro. Elena permanecía apoyada en el árbol.

–Hola, Elena –dijo una voz que parecía provenir del interior del tronco.

–¿Quién eres tú? ¿Cómo sabes mi nombre? –preguntó extrañada mientras miraba a su alrededor.

–Yo sé todo lo que pasa en esta parte del bosque porque siempre estoy aquí.

–¿Dónde estás? ¿Quién eres?

–Estoy aquí.

Al otro lado del árbol, de modo que ni sus hermanos ni su abuelo pudieran verla, una hermosa joven vestida de un blanco etéreo estaba sentada en el suelo jugando con unas hermosas flores amarillas. A Elena le llamó la atención el brillo de su vestido y unas pequeñas alas transparentes que se agitaban en su espalda.

–Eres muy guapa –dijo Elena – ¿eres una hada?

–Tú sí que eres guapa –respondió deteniendo el batir de sus alas– y no, no soy exactamente un hada. Soy lo que cada persona quiere que sea. Para ti tengo aspecto de hada; para tus hermanos podría ser un guerrero medieval; tu abuelo podría verme como un árbol; para tus padres podría ser... lo que ellos quisieran. La mayoría de la gente suele vernos como olores o como colores.

–¿Has dicho “vernos”? ¿Es que sois muchos?

–Claro. Somos muchísimos.

–Y si sois tantos ¿cómo es que nunca os había visto en la finca de mi abuelo? –preguntó la niña sorprendida.

–Sí nos has visto. Todo el mundo nos ve, pero no se dan cuenta. Ya te he dicho que la mayoría nos ven como colores: rojo en las amapolas, blanco y amarillo en las margaritas, rosa en el brezo, azul en los lirios, verde brillante en las jaras... Y como olores en las rosas, en el jazmín, en las escobas. En cada árbol y en cada flor hay al menos uno como yo. Pero la mayoría no pueden salir.

–¿Y tú dónde vives? ¿y cómo has salido? –preguntó Elena extrañada.





–En el caso de los árboles, la mayoría vivimos en las hojas y la gente suele vernos como color verde, pero yo vivo debajo de la corteza. Al principio, tú misma me has visto como color naranja en mi alcornoque. Y puedo salir porque acaban de quitar el corcho y eso me deja el camino libre. La verdad es que no debo alejarme pero he venido hasta aquí para hablar contigo. Me he decidido cuando he visto cómo abrazabas a este viejo gruñón.

–¿Gruñón? ¡De eso nada! Este árbol no es un gruñón. Es un árbol muy bueno. Me lo ha dicho mi abuelo.

–Claro que es un árbol bueno. Sólo es un poco cascarrabias. Tú no lo sabes porque nunca hablamos entre nosotros si hay personas delante. Cuando os vayáis seguro que empieza a quejarse de algo. Y eso que tu abuelo le cae muy bien porque dice que es como él, viejo y listo, como deben ser los maestros.

–Ahora tengo que irme –dijo Elena–. Me gustaría seguir hablando contigo pero si mis hermanos me ven escondida se acercarán a ver qué hago y te descubrirán.

–No te preocupes, parecen muy interesados con ese bicho tan feo que están mirando.

–A mí me parece un escarabajo muy bonito ¿Por qué no te gusta?

–Cuando conozcas más de él sabrás por qué no me gusta. Ahora debo irme a mi árbol.

–Espero que nos veamos otra vez ¿vale?

–Claro. Hasta pronto –dijo el hada, sabiendo que pasarían al menos diez años hasta que sacasen el corcho y pudiera volver a salir del alcornoque.

Cuando Elena se acercó a sus hermanos, éstos estaban contemplando un gran insecto de color oscuro que se agarraba a una pequeña rama de encina que Manuel sujetaba en la mano. El escarabajo era alargado y grande como un dedo. Tenía unas antenas tan largas que se extendían hacia atrás desde la cabeza superando la longitud del cuerpo. Elena no comprendió porque al hada



no le gustaba un escarabajo tan elegante como aquel hasta que escuchó lo que su abuelo estaba contando.

—... y ¿sabéis otra cosa? Antes de tener esta forma, este escarabajo era un gusano blanco tan grande como mi dedo pulgar. Desde que nació Elena, aproximadamente, ha vivido dentro del tronco de una encina sin salir para nada. Excavando galerías y comiendo madera. Luego se convierte en la forma que vemos ahora y sale al exterior.

Elena entendió las razones del hada y también comprendió lo complicadas que son las relaciones entre los animales y las plantas en la naturaleza.

Después de poner el escarabajo a salvo, pero lejos de los árboles naranjas, como había insistido Elena, continuaron con el paseo y llegaron a un pequeño promontorio. El abuelo les hizo señas para que permanecieran quietos y en silencio. Se llevó a los ojos los prismáticos que colgaban de su cuello. Durante unos instantes estuvo localizando algo invisible a simple vista. Después se los pasó a los niños. Por turnos, pudieron contemplar una imponente águila imperial posada en un gran alcornoque. Junto a ella, un nido albergaba dos pollos cubiertos de plumón blanco que parecían enfrascados en ingerir algún conejo que su padre habría cazado para ellos. Ninguno de los niños se atrevió a decir ni una palabra por miedo a que, pese a la distancia que los separaba, aquel pájaro majestuoso pudiese descubrirlos y emprender el vuelo.

El abuelo extendió los brazos en cruz todo lo que pudo para decirles que, con las alas abiertas, el águila era aún mayor. Les explicó que es uno de los animales más espectaculares y escasos que existe pues hay menos águilas imperiales ibéricas en todo el mundo que niños en su colegio. Descubrieron que tener un nido de águila imperial en las proximidades era uno de los orgullos de la finca y que la pareja de aves era la mejor indicación de que todo iba bien en el campo. Si dejaran de verlas sería una señal de alarma.

Cuando abandonaban el lugar en silencio, sólo podían oírse sus pasos haciendo crujir la hojarasca. Este dato llamó la atención de Elena.





–Abuelo –preguntó– ¿las hojas de estos árboles no se ponen amarillas y se caen en otoño, como les pasa a los árboles del parque?

–Vaya, veo que os habéis dado cuenta. La verdad es que estos gigantes son tan sabios que siempre están verdes. Son capaces de convertir la escasez en esplendor. Van cambiando las hojas poco a poco, sin que se note. Para que no se sequen, las hojas son duras y están cubiertas por resinas protectoras.

–¿Por eso huelen tan bien? –preguntó Javier para dejar bien claro que él sí sabía qué es una resina.

–Exacto, jovencito. La dehesa es un mundo de aromas –dijo el abuelo pasando la mano por la cabeza de su nieto revolviendo su pelo–. Por eso huele tan bien.

–Por eso y por más cosas –añadió Elena sonriendo e inspirando con fuerza.



Muchos años después, ya convertida en una mujer adulta, Elena andaba por la finca que había pertenecido a su abuelo recordando aquellos lejanos días en los que aprendió que hay árboles gigantes que son un mundo en sí mismos; que hay escarabajos que levantan cien veces su propio peso; hormigas que construyen galerías subterráneas donde viven miles de ellas; abejas que se comunican bailando; mariposas tan hermosas como obras de arte; halcones más veloces que un Fórmula 1; grullas que vienen de los fríos del norte a pasar el invierno en las dehesas de Extremadura; pájaros carpinteros que hacen agujeros en los troncos de los árboles a base de picotazos; palomas que se orientan sin brújula y vuelan en bandadas de miles como si fueran una sola; ranas y culebras que son capaces de dormir todo el invierno. Un mundo mágico, hogar de árboles gigantes que son una de las creaciones más ingeniosas de la naturaleza. Recordó las palabras que su abuelo solía decir: “Este bosque es uno de los pocos acuerdos que existen entre la humanidad y la naturaleza”.

Un poco más abajo, una pareja de águilas imperiales sobrevolaba un grupo de alcornos de color rojo anaranjado a los que se les acababa de extraer el corcho. Los miró fijamente y, en señal de complicidad, les guiño un ojo. Un viento leve y fresco que rumoreaba suavemente entre los árboles, acariciando las hojas sin alterarlas, rozó su rostro. Un viento que, como un heraldo invisible, era portador de la multitud de olores que emanan del campo. Sonrió. Giró sobre sí misma y abandonó la protección de una joven encina de tronco fuerte y recto donde se había detenido por un momento. Recordaba perfectamente la tarde en la que subió con su abuelo y sus hermanos por primera vez hasta el castillo y cómo al bajar habían plantado una bellota en este mismo lugar.





## TÍTULOS PUBLICADOS

### I Certamen 1996

#### Primer Premio:

Antonio Gómez Hueso  
"Negrocarbón y las siete  
gigantas"

#### Segundo Premio:

María José Guillén Rubio  
"Avatar"

#### Tercer Premio:

Ramón Garrido García  
"El árbol que sólo tenía una  
hoja"

#### Mención Especial:

Andrés Carballo Expósito  
"La odisea de las hormigas"

### II Certamen 1997

#### Primer Premio:

Andrés Carballo Expósito  
"La hija del águila"

#### Segundo Premio:

José Antonio Palomo Mola-  
no  
"Un tesoro en la Red"

#### Tercer Premio:

Ignacio del Dedo Rodrí-  
guez  
"Un arca de palabras"

### III Certamen 1998

#### Primer Premio:

Paloma Orozco Amorós  
"Historias de otra tierra"

#### Segundo Premio:

Mónica de Castro Pardo  
"...Sólo estrellas"

#### Tercer Premio:

Nieves Fernández Rodrí-  
guez  
"Aladina y la botella maravillo-  
sa"

### IV Certamen 2000

#### Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano  
Boza  
"A Ignacio ya no le dan miedo  
los bichos"

#### Segundo Premio:

Ana Galisteo Pérez  
"El viaje de los animales"

### V Certamen 2001

#### Primer Premio:

M<sup>a</sup> Pilar López Ávila  
"La leyenda del pájaro de  
ceniza"

#### Segundo Premio:

Juan Ángel Parejo Sosa  
"El bosque que nos enseñó a  
cantar"

### VI Certamen 2002

Desierto

### VII Certamen 2003

#### Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano  
Boza  
"Un Árbol, en singular"

### VIII Certamen 2004

#### Primer Premio:

Juan Carlos Zambrano  
Boza  
"El día en que todo desapare-  
ció"

#### Segundo Premio:

Manuel Calderón Carrasco  
"El Jefazo de Monfragüe"